

- 6 35 Mart. 17 san Lázaro, primer obispo de Marsella, mr. y sta. Olimpiada viuda. **San Fernando.**
 ● Llena a la 1 y 31 ms. de la mañana.
 — Aparatos de nevadas.
- 6 35 Miérc. 18 (Temp.) La Especlacion de la Virgen Santísima, ó sea Nuestra Señora de la O, y san Ausencio y san Graciano obs.
- 6 35 Juev. 19 san Darío y san Timoteo diác. mrs.—Octava de Nuestra Señora de Guadalupe.
- 6 35 Viern. 20 (Temp. y vig.) san Julio mr., san Filogonio ob. y santo Domingo de Silos.
- 6 35 Sáb. 21 (Temp. y vig.) sto. Tomás apóst. y s. Temístocles mr. **Colegio de las Vizcainas.**
- 6 35 Dom. 22 (Cuarta y último de Adviento.) san Demetrio y san Flaviano mrs.
- 6 35 Lun. 23 santa Victoria vírg. y san Mardonio mrs.
- 6 35 Mart. 24 § (Vig.) san Delfino ob. y san Eutimio mr.
 (Cuarto menguante á las 3 y 14 ms. de la tarde.—Viento helado.
- 6 35 Miérc. 25 † (Pascua.) La Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.—Hoy dicen los sacerdotes tres misas.
Santuario de los Angeles.
- 6 35 Juev. 26 (Pascua.) san Estévan protomártir.—Funcion en Catedral. Bendicion papal en el Cármen
- 6 35 Viern. 27 (Pascua.) san Juan apóstol y evangelista.
- 6 35 Sáb. 28 Los santos Inocentes mártires y san Eutiquio presb.—Funcion en Catedral y la Colegiata, que hacen los niños infantes del coro.
- 6 35 Dom. 29 (Entre Navidad y Epifanía.) santo Tomás Cantuariense arzob. y san Crescencio conf.
Capilla de San Francisco Javier en la Santa Veracruz.
- 6 35 Lun. 30 san Sabino obispo y san Venustiano mrs.
- 6 35 Mart. 31 R. san Silvestre papa y santa Hilaria mr.—Funcion muy solemne en el Sagrario y otras iglesias por la noche, en accion de gracias al Todopoderoso por los beneficios que de su divina mano hemos recibido en el año.
 ● Conjunction eclíptica á las 7 y 17 ms. de la mañana.—Nebuloso y frío.

EL CHATO Y EL NARIGUDO.

CAPITULO I.

DE LOS MOTIVOS QUE IMPULSARON A ESTOS DOS SERES EQUÍVOCOS A SALIR DE MEXICO PARA IR A LA FERIA DE SAN JUAN.

D. Policarpo Espejuelos y D. Caralampio Zudurmendi, eran dos tipos en quienes la naturaleza se habia encaprichado en ostentar en el uno la superabundancia de su poder narigal en toda su plenitud, mientras en el otro se propuso dar á conocer su fuerza negativa cuando da en la gracia de privar del órgano del olfato á un hombre: eran el escándalo de la raza nariguda y el prototipo de la chaticie: eran dos antipodas narigales! La nariz de Zudurmendi no era nariz: el soneto de Quevedo

Erase un hombre á una nariz pegado
 y todos los versos esmeros por cuantas puetas se
 han ocupado en describir narices, no son mas que
 la introduccion, el bocero, la insinuacion, la abertura de la nariz de nuestro héroe. Es preciso haber visto aquel pleonasmo, aquella hipóbole, aquel ecuador que olfateaba los distintos aromas de to-

das las rejones sin moverse de un sitio, para conocer cuan fecunda y exuberante es la naturaleza cuando en un arranque de prodigalidad dice, *allá van narices*. Aquella nariz no era nariz, era un mundo cárneo al cual vivia adherido un hombre solo cual otro nuevo Adán en medio de la vastísima estension del orbe. Tampoco la nariz de Espejuelos era nariz: era un escrúpulo de berruga bajo el nacimiento de la frente: dos redondos agujeros practicados entre ambas cejas, dos incisiones, dos ventanas embutidas entre dos carrillos moquetados y colorados, á quien le venia, como pedrada en ojo de boticario esta quintilla:

Quando alguno te ofendiere,
 como careces de trompa,
 no temas aunque dijere,
 "calle el necio si no quiere
 que las narices le rompa."

Pero si cierto es que tenia la ventaja de que nadie le pudiese romper la nariz, por la sencilla razon de que no la tenia, en cambio contaba con la fatalidad de no poder hacer cabalgar sobre ellas los diplomáticos anteojos que hubieran neutralizado lo exiguo de la avara vista de sus saltones ojos. No es, pues, de estrañar que al estornudar, lo cual lo hacia con frecuencia por la facilidad de absorver el polvo de la calle, que no siempre es de lo mas limpio que digamos, se acordase de este epigrama que yo escribí para un pariente suyo, chato como él.

Quando estornudaba Ampude,
 le decia Pedro Arista,
 "Dios te conserve la vista,"
 en vez de, "Jesus te ayude:"
 dime para que no dude

dijo aquel, pues tengo anteojos,
 por qué anhelas de mis ojos
 la vista, y Jesus no dices:
 —porque no son tus narices
 propias para usar anteojos:

Estos dos polos opuestos de la naturaleza, estos dos contrastes que se podian calificar de *gula narizal* el uno, y de parvedad ó abreviatura de nariz el otro, añadian á la ojeriza con que les habia tratado la madrastra naturaleza, la esquivéz de la mas suegra fortuna.

Zudurmendi que, á pesar de su vocacion para la iglesia no le permitieron ordenarse por no considerarle hecho á imájen y semejanza de Dios, y declararlo irregular por la irregularidad de su nariz, se vió en la dura necesidad de entrar de dependiente en casa de un su tio, hombre de buen corazon que le brindó con su casa de comercio.

Enfrente á la tienda de éste se encontraba, por una rara coincidencia, la de otro mercader en cuya casa se hallaba destinado Espejuelos que, tenia adelantado la mitad del camino para calavera. La Nariz, pues, se encontraba cara á cara de la No-nariz, el Chimborazo enfrente al vacío; la columna de Hércules en contacto con la cueva de Montesinos; el abuso, frontero á la restriccion; la gula, vecina de la necesidad. El órgano de Zudurmendi, no cabiendo en los estrechos límites de la tienda, invadía la calle, elevándose como un asta-bandera, amenazando penetrar por las ventanas de la dudosa nariz de Espejuelos, quien con su cara risueña y chata, semejava á un buho ó mochuelo dispuesto á volar sobre aquel campanario que, sin permiso de la autoridad, y por solo un acto de tolerancia gubernativa, condu-

cia Zudurmendi por donde quiera que marchara, á pesar de haber representado la policia como contra una cosa opuesta al ornato. Las jentes al principio, como á una novedad, como si asistieran á un espectáculo fenomenal, se agrupaban á la entrada de entrambas tiendas para admirar el capricho positivo de la pródiga naturaleza en Zudurmendi, y el capricho negativo en Espejuelos. “¡Mira que chato!” decian unos señalando á una tienda: “¡Mira que narigon!” contestaban otros indicando la otra. Pero sucediendo á los pocos dias el horror al asombro, ambas casas se fueron viendo solitarias, y solo se veia pasar de vez en cuando por la calle, aunque siempre con paso apresurado y con el miedo retratado en el semblante, algun padre de familias que para hacer callar á su niño, cruzaba diciendo con voz hueca y señalando bien al narigon ó bien al chato, “¡Que te lleva la nariz! ¡Que te lleva el muerto!”

En tal estado se hallaban las cosas, cuando un negocio me llevó á la tienda de Zudurmendi, cuyo principal era amigo mio.

—Amigo, le dije en voz baja despues de los saludos de costumbre, tiene usted una notabilidad en su tienda.

—¿Me habla usted de ese fenómeno que el cielo me ha enviado para purgar algun pecado?

—Sin duda; pero habla usted de pecados, y el infeliz parece un bendito: ¿habré juzgado mal de su honradéz?

—No es eso, es hombre de bien á carta cabal, pero desde que está en esta casa, las ventas han bajado considerablemente, y temo que, si no le despedido con tiempo, sea infalible mi quiebra.

—¿Tan grande es el horror con que le miran?

—Estraordinario: mis mejores relaciones han desaparecido desde que asomé esa chimenea, ese mástil, ese palo de mesana en mi tienda. Pocos dias hace, recibí una circular de las señoras mas principales, donde me intimaban la espulsion del abuso introducido en mi negociacion, ó el rompimiento de toda relacion mercantil con ellas; y para dar mas fuerza á su intimacion, acompañaba al *ultimatum* este soneto.

No es nariz la nariz del *narigueta*
que enterrado en nariz, nariz exhala,
es un fusil de reforzada bala,
el enorme cañon de una escopeta:

La prolongada cola de un cometa,
el largo corredor de oculta sala:
del bendito Jacob la inmensa escala;
la torre de Babel con su veleta:

Un ignoto canal que no está en uso,
de Lóndres ó París el largo muelle:
el gran peñon de Jibraltar difuso:

Del huracan el espantoso fuelle,
de las narices vergonzoso abuso,
que derrama el terror do quier resuelle.

—El ódio no puede estar mas mareado.

—Ya usted lo ve. Además, me es imposible resistir por mas tiempo á las quejas de mis hijos y de mi mujer que está en cinta, la cual (no la cinta, sino mi mujer) no cesa de repetirme que, las narices de mi sobrino la preocupan de tal manera, que teme, si por mas tiempo permanece á nuestro lado, dar á luz la segunda edicion de esa nariz, por la influencia que ejercen sobre las mujeres en estado

interesante, los objetos que afectan de una manera pronunciada.

—¿Y piensa usted despedirle?

—Mañana no estará ya en mi casa.

Yo no quiero en un desliz,
ser padre de un narigudo,

en cuyo rostro infeliz

coloque Dios por nariz

el mas prolongado embudo.

Ni pongan en alto puesto,

como blason de mi casa,

en vez de telas sin tasa,

una nariz que traspasa

los límites de lo honesto.

—En eso piensa usted como hombre de recto juicio. A fé que no le sucederá igual cosa al vecino de enfrente con Espejuelos.

—¿Está usted fresco! ¿Pues qué, no sabe usted que los extremos se tocan? Hace un mes que no entra nadie en esa tienda, y hasta las moscas creo que se han desterrado, temiendo que las ventanas que ocupan el lugar de la nariz, sean otras tantas tazas de goma, dispuestas con objeto de que se peguen en ella.

—¿Será posible?

—Y tan posible, que esta noche piensa su principal despedirle.

En efecto, cuatro dias despues de esta conversacion, las dos negociaciones volvian á verse llenas de jente que acudia á comprar. Zudurmendi y Espejuelos habian perdido sus destinos, y andaban en solicitud de otros nuevos, sin que consiguieran ser admitidos en ninguna parte. Viendo cerradas las

puertas del comercio, Zudurmendi pretendió dar lecciones de latin en un colejio.

—La pronunciacion de usted es demasiado nasal para enseñar ese idioma, advirtió el director; tal vez despojándose de las cinco sextas partes de la nariz, conseguiria usted corregir ese defecto, y entonces.....

Zudurmendi no quiso oír mas, y se dirijió á solicitar el humilde destino de portero.

—La luz, le dijo el dueño de la casa, es la cualidad que todo inquilino busca en la habitacion, y no objetos que opaquen su claridad: si usted no tuviera tanta nariz.....

Desconsolado nuestro héroe con tantos contratiempos, se dirijió al teatro, resuelto á abrazar la carrera de las tablas: el empresario le escuchó atentamente, y le dijo.

—Tiene usted talento y declama usted perfectamente, pero.... (este pero heló la sangre á Zudurmendi), en el repertorio dramático no hay mas que una comedia que usted podria desempeñar, que es "El hombre mas feo de Francia." Si usted pudiese compendiar siete octavas partes de su nariz.....

—Pues aunque sea de apuntador.

—¿No ve usted que su nariz apuntaria antes sobresaliendo de la concha?

—Pues bien de acomodador.

—¿Y dónde acomoda usted su nariz, que no se interponga entre la araña y las lunetas? Nada, nada: en el teatro mas queremos chatos que narigudos, porque al fin un chato, con ponerse una nariz de carton, queda habilitado. Si usted tiene por ahí algun amigo médico que á fuerza de purgas le pueda rebajar ese órgano saliente.....

Zudurmendi se encaminó á su casa, y se dejó caer abatido sobre una silla.

A los pocos instantes entró en la misma Espejuelos, haciendo igual cosa, y exhalando un prolongado suspiro, que fué contestado por otro más prolongado de Zudurmendi.

—He corrido, dijo éste, todo México, y no he encontrado colocacion.

—Igual cosa me ha sucedido á mi.

—¡Maldita nariz!....

—¡Maldita no-nariz!

Y ambos volvieron á quedar en actitud meditabunda.

—¡Decirme el empresario que busque un médico que á fuerza de purgas rebaje mi nariz!....

—Y á mí que busque otro que á fuerza de fomentos fomente la mia y la prolongue!

—Esto es horroroso, borrascoso, ignominioso y espantoso.

—Y odioso, y cenagoso y enojoso.

—Espejuelos..... yo voy á salir de México.

—Zudurmendi..... y yo tambien.

—Saldremos juntos.

—Corriente. ¿Y á donde?

—A la feria de San Juan que empieza dentro de quince dias.

—¿Y cuándo nos ponemos en marcha?

—Mañana mismo. En Querétaro, Guanajuato, Leon, Lagos y otros pueblos, hay jóvenes bonitas y amables que no desdenarán nuestra conversacion.

—Pero pueden desdenar tu nariz y mi no-nariz.

—Probaremos.

—¿Qué, la nariz?

—No, hombre, si nos desdenan ó no.

—Eso es otra cosa.

—Salgamos á ajustar caballos.

—¿No es mejor ir en la diligencia?

—Es que en la diligencia quieren que saque dos billetes, el mio, y el del número fronterero que ocupará mi nariz.

—Pues ajustemos caballos.

Zudurmendi y Espejuelos salieron del brazo, y poco despues entraban en una alquiladuría para ajustar las cabalgaduras en que debian emprender su viaje.

CAPITULO II.

DE CÓMO PASARON POR LA LECHERÍA, CUAUTITLÁN, HUEHUETOCA Y SAN JUAN DEL RIO, Y DE LO QUE LES PASÓ EN QUERÉTARO POR NO PARECERSE AL RESTO DEL GENERO HUMANO.

Era una de esa deliciosas tardes tan agradables bajo el limpio cielo de México, Las flores abriendo pudorosas sus pintados capullos exhalaban..... etc., que un narigon y un chato no merecen los honores de la poesia.

Zudurmendi y Espejuelos habian atravesado algunas leguas de camino: la alegre hacienda de la Lechería, la hermosa calzada de Cuautitlán, el magnifico acueducto de Huehuetoca y la pintoresca villa de San Juan del Rio quedaban ya atrás, y se acercaban á la preciosa ciudad de Querétaro, que en idioma tarasco significa "lugar donde se juega á la pelota"

Zudurmendi y Espejuelos detuvieron las riendas á sus rocinantes para admirar el hermoso acueduc-

to que está á la entrada. Pero si sorprendidos estaban ellos á la vista de aquella obra, no lo estaba menos una gran parte del pueblo bajo que se habia agrupado al rededor de nuestros dos héroes atraida por la trompa del uno y la chatrife del otro.

—¿Si serán fenómenos para el teatro?

Decía un lépero en voz baja á sus camaradas.

—No, porque entonces los traerian en jaula.

—¿Sabeis lo que creo, valedores? añadió el primero, que es nariz postiza la que trae.

—Pueda, porque yo no he visto ninguna por ese *chisgo*; contestó uno.

—Pues yo me voy á desengañar, porque á mí *maiden* me hace de *segunda fila*.

Y diciendo esto, dió un tirón con ambas manos de la nariz de Zudurmendi, que obligó á éste á lanzar un doloroso gemido sacándolo de su éxtasis.

—Es de carne, valedores.

Dijo el lépero á sus compañeros, con la mayor frescura.

—De carne! exclamaron todos asombrados.

—Señores, dijo Zudurmendi, tienen ustedes la bondad de dejarnos libre el paso?

—Y habla! . . . advirtió otro del pueblo; pues entonces no es animal, sino hombre.

—Pero será hereje, porque esa nariz no es de cristiano.

Y la jente se agrupaba sin dejar andar á sus víctimas.

—Señores! exclamó furioso Zudurmendi, ¿no han visto ustedes nunca una nariz?

—Sí, contestó un estudiante que pasaba en aquel instante; pero no una nariz elevada á la vijésima potencia.

Nuestros acosados viajeros metieron espuelas á los caballos, y á carrera tendida se dirijieron á un meson, seguidos siempre de la multitud.

A las dos horas de esto, y cuando se cercioraron de que los grupos se habian disuelto, Espejuelos y Zudurmendi, deseando conocer la ciudad, salieron á la calle, tomando cada cual por distinto rumbo para llamar lo menos posible la atencion.

Zudurmendi se dirijia al lindísimo paseo llamado de la otra Banda, cuando acercándose á él una jóven de hermosa faz y esbelto cuerpo, vestida lujosamente, le dijo.

—¿Será usted tan galante, caballero, que me permita usted apoyarme en su brazo, y se digne acompañarme á donde yo le lleve?

Zudurmendi miró atentamente á la que le hablaba, y convencido por los distinguidos modales que en ella advertia, de la sinceridad con que el favor la pedia, contestó.

—Mucho me honro con la distincion que hace usted de buscarme por caballero; aquí tiene usted mi brazo, y guie usted donde desea.

La jóven le dió las gracias y cruzó con él varias calles de la ciudad, manifestando en su conversacion una educacion escojida. Zudurmendi, orgulloso de ir en tal compañía, marchaba con la cabeza erguida, halagando tal vez en su corazon la grata idea de haber cautivado el alma de aquella señorita, pues ya no podia dudar de que tal fuera, al ver que todas las señoras que pasaban en coches particulares, la saludaban con las demostraciones de la mas alta estimacion.

—¿Y ha venido usted con objeto de establecerse aquí?

—Tal vez lo haria, si encontrase alguna persona á quien no repugnase mi figura, y me admitiese de dependiente: no anhelo otra cosa que un destino.

—Pues creo que con ese puede usted contar desde ahora, yo me encargo de ello.

—¡Mil gracias!

—Pero ya hemes llegado: tenga usted la bondad de entrar conmigo.

Zudurmendi y la joven penetraron en una elegante pieza, á donde salió á recibirlos un caballero. La señorita, dirigiéndose entonces á él, le dijo señalando á su acompañante.

—Quiero como el señor.

Y suplicando á Zudurmendi tomase asiento se salió inmediatamente.

Halagado en su amor propio nuestro narigudo, y dándole picazon el deseo de saber el lugar que ocupaba en el corazon de la hermosa joven, preguntó al que los habia recidido.

—¿Tiene usted la bondad de decirme con qué objeto me ha traído á esta casa esa señorita?

—Creí que lo supiera usted.

—No señor.

—Pues hace poco que vino á mandarme hacer un demonio, y como yo le contesté que no tenia modelo, le ha traído á usted para que me sirva de tal.

La nariz de Zudurmendi se cubrió de una palidez mortal. El caballero sin advertirlo, continuó.

—Tambien me trajo á un chato para que sacara de él un ídolo.

—¿Luego es usted su escultor?

—Y servidor de usted.

Zudurmendi agarró su sombrero, y se dirigió avergonzado al meson, donde encontró á Espejuelos maldiciendo su fortuna.

—¡Buscarme para modelo de demonios!.....

—¡Y á mí para el dios Huitzilopochtli!.....

—Ensillemos inmediatamente los caballos.

—Sí, ensillemos, y prosigamos nuestro camino.

Zudurmendi y Espejuelos se pusieron en marcha inmediatamente, seguidos de un numeroso pueblo, entre el cual iban algunos vendedores de papeles pregonando con voz ronca y aguardientosa: "¡A cuartilla las décimas del chato y el narigou que acaban de salir ahora!"

Y la jente se reja, y la nariz de Zudurmendi lloraba, en tanto que las ventanas de Espejuelos se mantenian entre risa y llanto.

CAPITULO III.

DONDE SE VE ALGUNOS LANCES QUE A NUESTROS VIAJEROS ACONTECIERON EN GUANAUATO, CON OTRAS COSAS QUE SON MEJOR PARA DICHAS QUE PARA SENTIDAS.

Nuestros dos héroes, despues de haber logrado salir de Querétaro entre la rechifla de la multitud, siguieron su derrotero por Celaya y Salamanca, visitando el grandioso convento del Carmen de aquella, admirando la pintoresca campiña de ésta, y penetrando por último en la importante ciudad de Guanajuato, una de las mas notables de México por la riqueza de sus minas, y asentada en un profundo y estrecho valle, rodeado por todas partes de altísimas y pintorescas montañas.

—Parece, dijo Zudurmendi, que los que edificaron esta ciudad, trataron de ocultarse de la vista

del jénero humano: sin duda debieron ser narigudo y chatos que buscaban un seguro refugio para no ser molestados.

—Puede ser muy bien.

En esta y otras conversaciones llegaron á la posada, seguidos siempre de multitud de curiosos que ya no llamaban la atención de nuestros héroes por la costumbre que tenían de verse á todas horas rodeados de jente.

—Segun he visto al atravesar por una calle, dijo Zudurmendi, esta noche hay funcion en el teatro y es preciso asistir á ella.

—Me parece bien; pero si hemos de ir, es preciso que nos sacudamos un poco el polvo del camino.

—Pues acicalémonos, y vé tú por los billetes porque ya se acerca la hora.

—¿Y qué localidad quieres que tomé?

—De cazuela, para estar con más franqueza y libertad.

Espejuelos se cepilló perfectamente los pantalones, se arregló el pelo, se puso un frac que lo reservaba para sus conquistas amorosas, y salió á comprar los billetes. A paso apresurado volvia poco despues hácia la posada, cuando merced á su corta vista, tropezó con una vieja que conducía, en un azafate, varios helados que rodaron por el suelo haciéndose las copas y los vasos mil pedazos. La vieja entonces se asió del desventurado miope, á quien empezó á acariciar con algunos araños.

—¿Suélteme usted, señora, suélteme usted!

—Primero ha de soltar usted el dinero ó el pellejo!.....

Y la vieja seguia agarrada á él con la fuerza con

que la desgracia se agarra al pobre. Espejuelos, procurando huir de ella, la dirijió un puñetazo que fué á dar en las narices de un sacerdote que por casualidad acertaba á pasar; pero viendo que ni aún así se libertaba de la arpia, siguió repartiendo trompadas sobre el sacerdote, á quien, por su escasez de vista, confundia con la vieja. El populacho, creyendo que aquello no era efecto de la ceguera del que daba, sino de su mucha impiedad, empezó á tirar piedras sobre el miope, gritando, ¡muera el hereje! En vano el ministro del Señor se afanaba en persuadir á los léperos de que todo era efecto de la ceguera de aquel hombre: en aquel momento se presentó en el lugar de la escena Zudurmendi, que notando la tardanza de su amigo, habia salido en su busca; Espejuelos, al verle, se refugió, así como la vieja y el sacerdote, detras de sus narices para cubrirse de las piedras que llovian sin cesar, y que fueron á dar sobre el estupendo órgano del desgraciado narigudo: Zudurmendi dió un grito espantoso; Espejuelos hizo entonces un esfuerzo estremo, y logró desprenderse de la vieja, dejando en sus manos uno de los faldones de su frac; al verse libres de ella, echaron á correr, huyendo del pueblo que los persiguió hasta la puerta del teatro; Espejuelos subia apresuradamente la escalera, cuando el que estaba cuidando la entrada, le agarró del faldon único que le quedaba al frac, desprendiéndose aquel al instante de la que desde entonces quedó convertida en chaqueta.

—¿A dónde va usted sin darme la entrada? Díjome el encargado de recibir los billetes.

—¡Ah!.... tiene usted razon; se me olvidaba.... venia tan ciego.....

Y Espejuelos entregó las entradas.

—Usted disperse que lo haya detenido de una manera tan brusca, dijo el del teatro; pero ya usted conocerá que mi obligacion

—Está usted disculpado.

—Aquí tiene usted el faldon del frac que ha quedado en mis manos.

—Quédese usted con él para hacerse unas chinelas.

Y sin esperar contestacion subieron Espejuelos y Zudurmendi á la cazueta, en el momento que empezaba la funcion.

—¿Tiene usted la bondad caballero de hacer á un lado sus narices que me impiden ver?

Dijo á Zudurmendi uno que estaba detrás de él.

—Y usted tiene la bondad, dijo á Espejuelos otro que estaba delante, de cerrar esas ventanas que despiden mas aire que un huracán?

Zudurmendi quiso ver quien le dirijia la palabra, y al volver la cara, dió su nariz en el sombrero de su vecino que fué á caer (el sombrero no el vecino) al patio.

—Orden, orden! gritaron los de abajo.

—Págume usted mi sombrero; clamaba el de arriba.

—¡Fuera esa nariz! decian los de atrás.

—¡Que tapen las ventilas! decian los de adelante.

Exaltado Espejuelos por los insultos del que tenia á su frente, se levantó para pegarle; pero en aquel mismo momento otro que estaba detrás le agarró por el cuello, y al darle el tirón para obligarle á que se sentara, le dividió en dos la chaqueta que pocas horas antes fué frac, y que entonces

eran fragmentos de una pieza desconocida en los anales de los cofrades de San Homobono. Zudurmendi, viendo tan mal parado á su amigo, se avalanzó al insolente que lo habia destrozado, dándole tal puntazo de nariz, que le sacó un ojo.

Entonces se levantó una gritería jeneral: la representacion se suspendió; los agentes de policia acudieron á poner órden, y viendo que éste no podría existir mientras permanecieran en el teatro la Nariz y la No-nariz, les obligaron á salir, siguiendo en el acto la representacion del interrumpido drama.

CAPITULO IV.

DE LO QUE LES SUCEDIÓ EN LEON A LOS DOS ENCONTRADOS TIPOS.

Leon es, sin disputa, una de las poblaciones mas hermosas de la República mexicana; rectas y anchas calles orilladas de suntuosos edificios, agradables paseos y una campiña exuberante y pintoresca forman el conjunto mas delicioso que se pueda presentar á la vista del viajero. Sus ilustrados habitantes reunen la afabilidad á la franqueza, la deferencia á la hospitalidad.

Espejuelos y Zudurmendi hacia cuatro dias que permanecian en el "Meson de la Libertad." El primero habia hecho relaciones con una jóven que, pagada de su ilustracion y del respeto con que la miraba, habia acojido benigna su declaracion amorosa; el segundo, á quien habia aplicado el médico algunas cataplasmas en la nariz que desinflamaran la prominencia causada por las pedradas recibidas en Guanajuato, empezaba á rondar de noche la calle de una hermosa que le habia hecho olvidar su deformidad narigal.

La novia del primero (llamada Carolina) deseando que nadie tuviera noticia de sus relaciones, se asomaba á la ventana á esperar á Espejuelos á media noche. Nuestro miope que por la mañana veia pardo, por la tarde turbio, y de noche ni turbio ni pardo sino sombras, acudia á tientas á la cita.

Al lado de Carolina vivia otra jóven, Rosa, que tambien tenia su trapillo con otro jóven que la iba á ver á media noche, y al cual esperaba siempre á la reja de su ventana. Por desgracia de Espejuelos, el amaúte de Rosa, dejó de ir á la hora acostumbrada á la cita la noche en que nos encuentra nuestra historia, y Espejuelos, que no veia, equivocando la reja, se acercó á la ventana de Rosa, ocupada en aquel momento por el hermano de ella, capitán de granaderos, que se habia propuesto escarmentar al nocturno amante.

—Bien mio, dijo el miope equivocando el sexo y la ventana, ¿me has estado esperando?

—Sí, mi vida, y temí me olvidases esta noche.

Contestó el bigotudo capitán, atiplando la voz cuanto le fué posible.

—¿Cuán poco conoces todo el fuego de la pasión que me abrasa! exclamó Espejuelos electrizado.

—¡Ah!... ¿de veras?... continuó el capitán con el mismo tiple de voz, y agachándose á cojer una soga que tenia á prevención sobre una silla,

—Toma mi mano; mira cuán convulsa está por la emoción de verte.

—¿A ver? Y el capitán le echó á la muñeca un lazo corredizo, diciendo siempre con acento femenino, pues ahora voy á amarrarte para que no te vayas mientras veo si se le ofrece algo á mi mamá que está enferma; hasta luego; ya vuelvo.

Y el militar entró dejando á mi Espejuelos amarrado á la ventana, y celebrando la que creia travesera de la que amaba.

—¡Pérfido!... Decia á la vez Carolina que estaba en la ventana de la casa contigua. ¡Ojalá se acerque por ahí ese hombre tan feo de quien suelo reirme, solo para darle celos con él. Pero aquí viene, el cielo me le envía.

Y efectivamente, en aquel instante se presentó Zudurmendi que, convalciente de su nariz, habia dado en rondar la casa de la jóven, ignorando las relaciones que mantenía con su amigo. Adoptando nuestro narigudo la máxima de audaces es la fortuna, se acercó á hablar á Carolina, quien se hizo á un lado para que penetrase la nariz por la reja sin menoscabo de su cara, aunque no pudo ser sin detrimento de una jaula con su canario que estaba sobre una mesa en medio de la alcoba, y que fué al suelo como disparada por el golpe de una escopeta.

Al ruido causado por la jaula, Carolina se asustó de tal manera que, creyendo que su familia llegaba, y dominada por el terror, y sin acordarse del defecto del que con ella hablaba, cerró de golpe la ventana que era de dos hojas, quedando presa la nariz en medio de ellas, con vehementísimos dolores de Zudurmendi que temió quedar chato para toda la vida.

—¡Ay!... gritaba con toda la fuerza de sus pulmones, sin poder desprender su nariz de la ventana en que estaba presa.

—¡Oy!... exclamaba Espejuelos sintiendo que el cordel le cortaba la muñeca.

—¿Qué busca usted en mi casa?

Dijo un hombre que llegaba en aquel momento, agarrando por detrás á Zudurmendi, y empujándolo hácia atrás.

—¡Ay!... volvió á gritar éste al sentir el enorme tirón.

—¿Qué busca usted?

—No busco, sino que pierdo.

—¿Qué hace usted aquí?

—No hago, sino que me deshago la nariz.

El hombre empujó hácia adentro las hojas, y abrió la ventana dejando libre el órgano de Zudurmendi que respiró con libertad.

—¿Cuál es su gracia de usted? volvió á preguntar el padre de Carolina, pues no era otro el recién llegado.

—Yo no tengo gracia, señor, lo que tengo es desgracia.

Y le empezó á referir sus inofensivos amores; pero no bien habia empezado á relatar la historia de sus desgracias, cuando llegaron á oír estas palabras, “¡que me matan!” seguidas de terribles lamentos. A los gritos volvieron la cabeza, y vieron á un jóven que descargaba sendos bastonazos sobre el infeliz Espejuelos que no podia desasirse de la reja en que estaba amarrado. Zudurmendi y su interlocutor corrieron á defenderle del celoso amante de Rosa que era el vanuleador, cortaron el lazo que le sujetaba, y dada á conocer la equivocacion, le dejaron marchar hácia la posada en union de Zudurmendi, pero con la condicion de que abandonarían al siguiente dia la ciudad, lo que cumplieron religiosamente.

CAPITULO V.

DE LO QUE LES PASÓ EN LAGOS A NUESTROS DOS DESVENTURADOS VIAJEROS.

La nariz de Zudurmendi, mas que nariz era, desde la triste aventura de las pedradas y la ventana, una enorme trompa forrada en parches y cataplasmas. Espejuelos habia tomado á su cargo, creyéndolo acertado, darle por el conducto del órgano del olfato, algunas inyecciones de agua de malvas, lo que ejecutava (á falta de jeringa proporcionada) por medio de una bomba de apagar incendios. Las señoras de la casa en que estaban de posada, que eran buenas y serviciales, como lo son todas las de Lagos, habian mandado hacer una gran tina donde entrara á bañar la nariz sola, puesto que con él dentro, hubiera quedado aquella fuera del baño.

Algo restablecido de sus heridas, le dijo á la señora de la casa.

—Quisiera ver lo mas notable de este pueblo, y si usted tuviera la bondad de acompañarme para enseñármelo.....

—Lo haria con mucho gusto, pero..... tiene usted tanta nariz que me espondria usted y se espondria á que se repitiera la escena de Guanajuato.

—Pues es que en esta pieza interior me ahogo: si me diera usted alguna con balcon á la calle....

—Sí, se la daria á usted, pero la pieza es tan pequeña y la nariz de usted es tan grande.....

—Pues acomódeme usted en el comedor.

—Lo tengo lleno de loza, y como usted es somnábulo, en un descuido de nariz.....

—Pues en el corredor.....

—Está lleno de jaulas, y no quiero que les acon-

tezca lo que á la jaula que derribó usted en Leon....
Si usted tuviera menos nariz.....

—Andaré con cuidado.....

—Sí.... pero.... su nariz.....

—¡Mi nariz, mi nariz, y dale con mi nariz! ¡mal-
dita nariz que á todo á de salir la nariz!.... ¡Y
qué he de hacer con mi nariz!.... ¡he de cortar-
me la nariz, y he de dejar de hacer ejercicio porque
tengo nariz!

—Vea usted, puesto que de hacer ejercicio se
trata, aquí tiene usted dos billetes para que los dos
amigos asistan á un baile que da esta noche una
amiga mia.

—¿Y dónde dejo mi nariz? porque si yo voy, á
fuerza ha de ir tambien mi nariz.

—La lleva usted y bailará.

—Pero ¿qué señorita se resolverá á danzar con
una nariz tan disparatada!

—¡Juzga usted impolíticas á las lagueñas?

—A ellas no, peso sí á mis narices.

—Vaya usted, que no se arrepentirá.

—De la mujer el consejo; corriente, iré.

Pocas horas despues de esta conversacion, su-
fria un notable eclipse la hermosa araña que ilu-
minaba la sala en que se celebraba un baile; las
luces temblaron por un momento como sacudidas
por el aire, amenazando apagarse: asustada la con-
currencia con aquel extraño incidente, no acertaba
á sospechar su orijen, cuando dirijiendo la vista há-
cia la puerta, vieron asomar por ella á Espejuelos
y Zudurmendi, causa el primero del viento que hi-
zo oscilar la luz, y el segundo del notable eclipse.
Conocido el orijen, se restableció la calma y el bai-
le continuó.

La concurrencia era elegante y fina; las jóvenes
lagueñas, hermosas como las huris que describen
los poetas, graciosas como las mismas gracias, y es-
beltas como las palmeras del desierto, lucian todos
los encantos de sus flexibles cuerpos y todo el pri-
mor de sus diminutos piés. A Zudurmendi se le
iba la nariz tras una dieziochena de ojos negros y
móvido seno, que podia servir de modelo á un pin-
tor para trazar la Venus de la fábula. Seducido por
sus gracias, no bien se acabó aquella pieza, solicito
bailar con ella el siguiente vals que estaba anun-
ciado, á lo que la jóven accedió en el acto por cum-
plir con los deberes que impone una esmerada edu-
cacion. Puestas en pié las parejas, sonó la músi-
ca, y aquellas empezaron á bailar con todo el afán
de la juventud. Zudurmendi dió las primeras vuel-
tas con sumo cuidado; pero electrizado al fin por
el dulce aliento de su compañera, llegó á entusias-
marse de tal manera que, olvidándose de su defec-
to físico, empezó á mover la cabeza para dar mas
gracia al cuerpo, hasta que en uno de aquellos mo-
vimientos, tropezó su nariz con la cabeza de una
de las jóvenes, desbaratándola su peinado; Zudur-
mendi alzó la cabeza para disculparse, y su trompa
sacudió la araña que empezó á bambolearse ame-
nazando caer; Espejuelos, que estaba cerca, corrió
en auxilio de la araña, pero por detenerla, se acer-
có tanto á las luces, que las apagó con el huracán
de sus ventanas.

—¡Pronunciamiento!..... ¡Conspiracion!....
Gritaban los hombres al quedarse á oscuras; las
señoras, asustadas con aquellas voces, pedian mi-
sericordia: las madres llamaban á sus hijas; las hi-
jas buscaban á sus amantes; Zudurmendi corrien-

do en busca de la puerta para huir, sacudia sendos narizazos que aumentaban el terror y el espanto, y Espejuelos, procurando lo mismo, resollaba con mas fuerza, derramando un torrente de viento que imitaba una tempestad. Por fin lograron á fuerza de vueltas, dar los dos amigos con la puerta de salida, y al verse en la calle, corrieron á casa, ensillaron los caballos inmediatamente, y salieron de la ciudad temiendo un desgraciado resultado.

CAPITULO VI.

DE LO QUE LES ACONTECIÓ EN LA FERIA DE SAN JUAN.

—Detengamos las riendas á nuestros caballos, dijo Zudurmendi despues de haber corrido algunas leguas; nadie nos sigue.

—¡Que no hemos de llegar á poblacion ninguna donde no nos suceda algo por tu nariz y mi nariz!

—Estoy resuelto, en cuanto llegue á la feria de San Juan, á apersonarme con un médico de los muchos que concurren á ella, para ver si me da algun remedio que compendie ó estracte este cañon rayado que alcanza mas que los que llevó Napoleon á Solferino.

—Y yo á un carpintero que eche unas compuertas disimuladas á estas maldecidas ventanas que llevan el huracán y la destruccion por todas partes.

Nuestros viajeros lamentando unas veces su desgracia, y animados otras por la esperanza de hallar remedio á su calamidad, llegaron por fin á San Juan de los Lagos, donde se celebra la mejor feria de la República, y á donde concurren mas de cien mil comerciantes de todos los sitios de México.

Zudurmendi y Espejuelos penetraron en la espresada poblacion llena en aquel momento por todas partes de tiendas improvisadas, levantadas al intento para vender los numerosos y variados efectos que de todos los ángulos de la República se dirijan á aquel sitio: por donde quiera que dirijan la vista no descubrian mas que vendedores y compradores: ciegos pregonando coplas, ó recitando versos de la aparicion de la vírgen, casas de juego, y multitud de mujeres sentadas á la puerta de una calle que, con sonrisa fingida y maneras poco ceñidas á la moral, solicitan visitas del primero que acertaba á pasar.

—¡Adios, buen mozo! Dijo una dirijiéndose á Zudurmendi. Este arrimó las espuelas á su caballo, y se detuvo en la esquina de la inmediata calle, donde, en una bandera colocada sobre un gran palo atado á un balcon, se leian en gruesos caracteres estas palabras:

“Curacion radical de todas las enfermedades y defectos físicos: desaparicion de las jorobas, y destierro de las narices largas, por el doctor Embrolla Mentirola.”

—Veamos, exclamó Zudurmendi saltando de su caballo y entregándosele á Espejuelos, mandando que le esperara.

En cuanto subió, el doctor le hizo pasar á la pieza de las consultas.

—¿Qué desea usted caballero? Pregunto Mentirola.

—El rebajo de mi nariz.

—¡El rebajo absoluto?

—No; de unas nueve décimas partes de ella.

—Corriente: á ver el pulso.